

DEL UMBRAL DE LA PIEL A LA INTIMIDAD DEL SER

IMAGINARIOS DE LA GLOBALIDAD PSICOCORPORAL

Ignasi Beltrán Ruiz y Maria Beltrán Ortega



DEL UMBRAL DE LA PIEL A LA INTIMIDAD DEL SER

IMAGINARIOS DE LA GLOBALIDAD PSICOCORPORAL

DEL UMBRAL DE LA PIEL A LA INTIMIDAD DEL SER

IMAGINARIOS DE LA GLOBALIDAD PSICOCORPORAL

Ignasi Beltrán Ruiz
Maria Beltrán Ortega

 **Haka**Books
e-ditions



TÍTULO: *Del umbral de la piel a la intimidad del ser*
Imaginarios de la globalidad psicocorporal

AUTORES: *Ignasi Beltrán Ortega* ©, 2020
Maria Beltrán ©, 2020

COMPOSICIÓN: *HakaBooks - Optima, cuerpo 12*

DISEÑO PORTADA: *Hakabooks*©

ILUSTRACIÓN PORTADA: *Carolina Muscatelo* ©

ILUSTRACIONES: *Carolina Muscatelo* ©

1ª EDICIÓN: *noviembre 2020*

ISBN: *978-84-18575-55-6*

HAKABOOKS

08204 Sabadell - Barcelona

☎ +34 680 457 788

🏠 www.hakabooks.com

✉ editor@hakabooks.com

📘 Hakabooks

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin autorización escrita de los titulares del copyright.

Todos los derechos reservados.

A MODO DE PRÓLOGO

En los días de mi más remota antigüedad, cuando el temblor llegó a mis labios, subí a la montaña santa y hablé a Dios, diciéndole:

—Amo, soy tu esclavo. Tu oculta voluntad es mi ley, y te obedeceré por siempre jamás.

Pero Dios no contestó y pasó de largo como una potente borrasca.

Y mil años después volví a subir a la montaña santa, y volví a hablar a Dios, diciéndole:

—Creador mío, soy tu criatura. Me hiciste de barro y te debo todo cuanto soy.

Y Dios no contestó; pasó de largo como miles de alas en presuroso vuelo.

Y mil años después volví a escalar la montaña santa, y de nuevo hablé a Dios, diciéndole:

—Padre, soy tu hijo. Tu piedad y amor me dieron vida, y mediante el amor y la adoración a ti heredaré tu Reino.

Pero Dios no me contestó; pasó de largo como la niebla que tiende el vuelo sobre las distantes montañas.

Y mil años después volví a escalar la montaña santa, y hablé a Dios de nuevo, diciéndole:

—¡Dios mío!, mi supremo anhelo y mi plenitud, soy tu ayer y eres mi mañana. Soy tu raíz en la tierra y tú eres mi flor en el cielo; juntos creceremos ante la faz del sol.

Y Dios se inclinó hacia mí, y me susurró al oído dulces palabras. Y como el mar, que abraza el arroyo que corre hasta él, Dios me abrazó.

Y cuando bajé a los valles y a las llanuras, vi que Dios también estaba allí.

KHALIL GIBRÁN

UNA CARTA DE PRESENTACIÓN DESDE LA PIEL

A partir de una idea compartida con la coautora de este libro, mi hija María, vamos a desarrollar un prólogo con la intención de que sea como una carta de presentación de la piel; entendemos que atípica, como otros muchos aspectos que desarrollaremos a lo largo del texto. Aunque la idea original nunca fue hacer algo típico y estructurado de manera convencional; por tanto, veamos como se desarrolla el factor sorpresa.

La idea es que paseemos por diferentes itinerarios. En ellos irán cambiando escenarios, en los que aparece lo que denominamos *el umbral de la piel y el espesor del cuerpo*, en una estructura que va cambiando con vientos de origen diverso. Pensamos que eso aportará una lectura interesante, útil e incluso lúdica.

Aunque el tema va de asuntos humanos trascendentes, a veces será como un juego de niños, que descubren cómo brota una pequeña corriente de agua en el suelo facilitando que se vaya encharcando poco a poco; para así, trazar surcos de forma espontánea en la tierra siguiendo lo que sería el discurrir natural descendente, fluido y saltarín. Contemplándolo, os invitamos a dejaros llevar por el trazado del cauce de este texto, de la superficie a la profundidad, sin ninguna pretensión ni límites.

Confiamos, con toda cordialidad, que lo que escribimos aquí os pueda ser útil y su lectura agradable. Como pintores, hemos hecho sobre el lienzo blanco un largo trazo, que impregna primero su superficie, pero acaba penetrando en lo más profundo de su trama que, en definitiva y en este caso, es el paso a través de la propia piel, a la trama de lo humano.

Si ello llama vuestra atención y os invita y motiva a experimentar algunos de los apartados que desarrollaremos, nos sentiremos felices

de haberos acercado percepciones a propósito de un tema multifactorial y complejo, pero que aporta grandes perspectivas, y que hemos podido trabajar durante décadas en su parte aplicativa y docente en la universidad y en un hospital universitario. Nos ha dado resultados muy interesantes, sobre los que aún trabajamos, en la perspectiva de la clínica médica hospitalaria y también en todos los aspectos psicocorporales que se derivan.

La entrada viene de la mano de una primera carta de presentación, que es como se nos ha ocurrido, desde un relato personal, breve, que tiene que ver con mi formación como profesional en psicoterapia, hace ya algunos años.

De todas las formaciones psicoterapéuticas que ocuparon una larga época de mi vida, siento que he extraído un buen aprendizaje, del cual creo seguir realizando una síntesis, que aplico primero a mi propia vida, y desde ahí la adapto a los diversos modelos. El resultado de la experienciación de su resultante es terapéutico, sobre todo en aquellos aspectos que estoy convencido de que, por la intervención del binomio corazón-mente y la empatía sutil que se desarrolla, nos ayudan a conseguir progresiva, cálida y también a veces con cierto sufrimiento, los aspectos que nos humanizan.

De todos estos aprendizajes, su lluvia caló en mí poco a poco, pero llegó tan profunda a mi trama personal que aún en el silencio siento las goteras de todo aquello que llovió y sigue lloviendo y espero que llueva hasta la última página del calendario.

Cuando hablo de ello, suelo añadir el hecho de haber tenido la fortuna de encontrar profesoras con maestría, que es como lo llamo yo. Todo el proceso ha sido muy heterogéneo; en algunos casos, algunas con excesos cognitivos y casi conductuales; otras, más proporcionadas entre los diferentes aspectos; otras, más humanistas, y algunas integradoras. Creo que todas me ayudaron a una vivenciación profunda de las experiencias, conocimientos y perspectivas que me transmitían, (me cautivaron) Y quiero destacar en este particular prólogo una de las vivencias —a propósito del tema que da nombre al libro y que será una muestra— de lo que se va a ir derivando.

Va de pieles ¡como no! Estaba hacia el final de una formación de

psicoterapia y empezamos con algunos aspectos peculiares del psicodrama, hablando con un profesor (se me ocurre «potente» en muchos aspectos) de densidades del cuerpo y fuerza vital de transmisión. Él era muy sólido, ocupaba un espacio, sin duda alguna, indiscutible; la voz era acorde con el personaje; a veces, cuando subía el tono, llegaba a ser atronadora. A mí, de siempre, las personas que tienen esa potencia o gritan, en principio, me suelen llevar al pasado, a un aspecto de mi niño pequeño hipersensible al grito, o a las voces excesivas, sobre todo cuando están desubicadas de situaciones extremas o contextos que lo requieran, me cuesta tolerarlas; pero en este caso, lo consideraré adecuado y terapéutico entre estos escenarios.

Bien, con el susodicho maestro, al que llegué a apreciar y respetar, vivíamos con intensidad los dramas que nos traía para trabajar, ¡y vive Dios que grité en algunos! Hasta entonces no sabía, o no me atrevía; al menos hasta ese punto, con esa potencia enorme que sale del interior; sobre todo, si te dejas y no se queda atravesada en la garganta, que se angosta por alguna o demasiadas emociones.

La escena de la primera sesión fue un típico corro de aprendices de psicoterapia, respirando profundo uno al lado del otro, con la fantasía fácil de hacer algo afectivo, simpático o lúdico (como era habitual) con nuestros compañeros con el fin de presentarnos, o algo más corporal y comprometido para poder mostrar nuestras cuerdas en el asunto, ya que llevábamos varios cursos trabajando juntos.

Nada de eso, de pronto sonó una voz muy potente y en un tono muy grave, que parecía provenir del fondo de la tierra, que inundó todo el escenario y más allá (no penséis que exagero, por favor) con una ola de vibración. Dijo: «Ahora os vais a presentar a vuestros compañeros»; creo que todos pensamos «qué simpleza», cuando volvió a resonar la voz: «Para ello, os quitaréis la ropa». Enseguida se oyeron preguntas: «¿Toda la ropa?», respuesta: «Sííí, en cueros». No había margen a réplica.

Vino una primera fase de pieles pálidas (tal vez de miedo), algunas sudorosas, otras ahora congestionadas, ahora gélidas, y otras naturales como la vida misma. Y al final, con la mezcla variopinta de pieles y sus expresiones, la tribu entera (menos el gran jefe) en cueros. Surgió

una escena llena de personas diversas que parecían distintas a las conocidas, todas cercanas a un montoncito de ropa. Mi piel intuía un cierto peligro indefinido cuyo origen no identificaba, pues yo me sentía bien sin ropa en aquel contexto; aun así, tenía la sensibilidad a flor de piel, y a pesar de ello me sentía como más unido que nunca a mi grupo, y experimenté un curioso sentimiento muy agradable de pertenencia, que intuí colectivo, y creo que daba cierta tibieza al frío asunto.

La historia continúa: «Ahora —dijo con la voz en tono más grave y resonante que yo había oído en mi vida—, van a salir de uno en uno y, dando unas vueltecitas, se presentan como quieran a todos sus compañeros; eso sí, mirándose bien mirados» Y fuimos saliendo todos, de uno en uno; algunos decían algo, otros no. Se movían, gesticulaban o danzaban, o se quedaban como estatuas. En mi turno, paseé tranquilo por el círculo, con prudencia, poniéndome a prueba y mirando los cuerpos y los ojos de todos mis compañeros. A mí, la danza y el exceso de gesticulación nunca se me han dado bien, y acabé sintiéndome algo torpe, como un personaje rígido y desubicado de una tribu extinguida de trogloditas que se movía en medio de otra tribu mirando cuerpos; hasta ahí, no muy bien, pero después de unas vueltas, cuál no sería mi sorpresa al descubrir que, de alguna forma, leía de forma intuitiva los jeroglíficos encriptados en las pieles desnudas de mis compañeros; los reconocía, más allá de cualquier otra cuestión, los sentía en su piel viva y vibrante y resonaban en la mía, y en aquel momento (no era delirio, era lucidez), sentí un cambio profundo en mi mirada hacia la otra persona; todo fue muy emocionante y de una gran sensación de viveza y libertad. Esta primera presentación en sociedad a flor de piel y leyendo la carta de presentación de otras pieles fue para mí toda una experiencia; creo que condicionó parte mi futuro y, seguro que, mezclada con otras experiencias, hizo posible que hoy desarrolle la parte que escribo de este texto.

Tal como lo hacía este profesor, fue tan potente el aprendizaje, la Gestalt y el psicodrama, que me despertaron una vocación de actor que tenía escondida; luego pensé que ese tren ya había pasado para

mí y que, de momento, no quería ir a otros lugares ni hacer otras cosas; me sentía bien en la estación en la que estaba. Aunque desde entonces (siendo solo actor de mi propia vida), nos os podéis imaginar lo que he llegado a teatralizar y a hacer el payaso; como terapeuta he interpretado los más variados personajes y escenas, en las que intentaba magnificar algo para ayudar a la persona que trataba a entrar en una cierta dinámica, a entrar en su propia escena. Con aquella pretendida y especular situación que le presentaba y que a ella misma le era difícil de resolver sola, de algún modo le facilitaba entrar en escena con la expresión corporal y la verbal; en contacto atento con todos mis sentidos, que percibían su drama, la ayudaba a aflorar y expresarse desde su propio cuerpo, así contactaba de manera más fácil con lo pendiente. Ese trabajo de aflorar desde el interior a la propia piel, de alguna forma vivificaba la lectura posterior que yo hacía, para establecer prioridades terapéuticas en una nueva lectura.

Antes, para soltar las corazas (y casi por protocolo) habíamos trabajado desde la piel, lo que permitía centrarnos en aspectos prioritarios, que luego confirmaríamos, vistos desde los engramas de su propio cuerpo, con una nueva lectura perfeccionada tras los ejercicios (lo veremos a lo largo del texto).

Desde estas líneas, mil gracias por los aprendizajes que me dieron cientos de personas al confiar en mí para resolver sus asuntos conflictivos con mi participación terapéutica. Todas ayudaron a que diera fuerza a mi voz y mi expresión, en consonancia con el sentimiento que fluía desde su sufrimiento y sus emociones, que potenciaron mi discurso desde el corazón y, también si era necesario y se requería, dejándolo surgir desde mis entrañas.

En el proceso y con el tiempo, me he sacado muchas corazas; tantas, que ahora mi piel, casi en un desnudo natural, me permite sentir más el contacto con la vida y atenderla; atender y atenderme en los más pequeños detalles, a pesar de mis múltiples despistes. A veces es tanta la intensidad que siento como un pequeño desgarró en algunas zonas de la piel, con más frecuencia en el tórax, al lado del corazón —en el argot decimos que es el pericardio, que se aprieta—; entonces, un pequeño escalofrío me eriza el vello y se produce un

profundo sentimiento, indefinido en el momento que sucede, que sacude todo mi ser, que se conmueve expresando pequeños espasmos (a veces intento disimular para que la persona que está a mi lado no se asuste o se inquiete). No digo nada, en realidad, siento que se están resquebrajando más corazas del corazón y capas de mi ego, y manteniéndome asisto a su caída.

Cuando llega a ese límite, la experiencia de la vida es tan intensa que roza la polaridad ignota y oscura de la persona, de la vida; es como la otra cara una moneda fría y sin ningún tipo de relieves, exenta de refugio alguno. Es más, si miras su reflejo, conecta con la sensación de haber perdido el guía interior, pero por fortuna, dura unos instantes, respiro y lo suelo volver encontrar. Creo que no solo es un nuevo aprendizaje para mí, sino también para el trato con el paciente, al que ahora puedo transmitir de forma lúcida y llena de fuerza unas informaciones que se recogen a flor de piel y que insinúan posibles nuevas rutas fértiles a seguir. Como de alguna forma cita Machado en sus versos al respecto, que traduzco desde mi sentimiento: «Cuando tú estás yo no estoy, y si yo soy tú no estás».

No hay otro remedio, o confrontas o huyes despavorido. Pero, por qué no, saludar esa cara, sin prisas, con amabilidad, sin miedo y de forma decidida, como diciéndole: «Te reconozco en el aviso, pero yo no te llamé, aunque ya sé que cuando tú decidas entrarás sin que lo haga»; de hecho, yo no tendré que hacer nada, y la superficie de la moneda se convertirá en un reflejo de tu propia vida, que siempre podrás cambiar. Solo necesitas cambiar la mirada, subirla muy por encima del ombligo, aunque sea en el último instante.

Para quitar drama, escribiré una frase que le sentía a mi madre y que creo es una expresión propia de Andalucía: «Me ha entrao la muerte chica», se dice cuando algún tema importante o inconsciente lleva aparejado un escalofrío. Si nos dejamos vivenciar todas esas pequeñas muertes chicas, ligadas con frecuencia a la ruptura de ataduras (que pueden ser muy diferentes), y no ofrecemos tantas resistencias (del todo innecesarias; incluso inútiles, si no extremamos el valor suplementario de aferramiento que le damos a algunos aspectos magnificados de nuestra vida), si nos vamos desapegando

poco a poco, podría ser que el escalofrío final lo fuera menos, o que no fuera.

Yo no lo sé con certeza, pero sí pienso al respecto que, si estuviéramos más atentos al tránsito trascendente —y no tanto al miedo a perder un constructo cultural al que llamamos cuerpo y que hacemos depositario de una vida—, cambiarían y serían muy diferentes nuestras percepciones del mundo. Si reflexionamos sobre ello, son una amalgama de conceptos culturales. Aceptarlo hace que todo cambie en la vida y en sus tránsitos.

Así, mientras vamos navegando entre luces y sombras, aprovechemos —yo así lo aconsejo y lo practico y vivo: cuando tengo ganas de reír, río; cuando tengo ganas de llorar (a menos que el entorno no lo permita), lloro, como una magdalena, me emociono con cualquier brisa rozando mi piel y voy viviendo muertes chicas, y algunas no tan chicas.

En esos tránsitos por las terapias y la propia evolución, poco a poco mis manos perdieron crispación y ganaron ternura, y creo que mi corazón se hizo más grande, y mis razones, los conocimientos que ocupaban un lugar inmenso y los conceptos que los adornaban, se van diluyendo, y lo hacen hasta tal punto que, cuando toco los cuerpos de las personas, puedo tocar y traspasar el umbral de su piel con toda naturalidad, sin dificultad alguna, en el prelude de una respiración. Entonces, puedo leer con toda atención en sus pieles, con los ojos y todos los sentidos ubicados en mis manos. Leo las diferentes historias, que se reflejan desde la profundidad a la superficie, porque ambas cosas son a su vez conceptos muy relativos; eso sí, siempre lo hago con el permiso explícito de la persona, con un respeto casi sagrado por lo que leo y con una atención absoluta a lo que verbalizo al respecto de la lectura, si es que creo necesario hacerlo.

En el inicio del proceso terapéutico y de forma previa, me dejo un rato a mí mismo, me posiciono con la persona; es como una calibración y una salida del dualismo al mismo tiempo, lo hago en una sintonía respiratoria y de mis oscilaciones posturales (ya lo veremos con detenimiento), y solo cuando siento que hay un cierto orden y empatía, entro en la lectura de su superficie, siguiendo su

cartografía individual mientras se abre de forma progresiva el umbral de la piel.

Lo hace desde el prólogo previo que facilita dicha apertura a la intimidad táctil. Así, con la consciencia despierta, empiezo a buscar, y una vez localizado el sesgo en la trama personal de sus tejidos, dejo que mis dedos trabajen en esa urdimbre*, siguiendo una guía que percibo y que no es otra que la fuerza regeneradora y el sentido de la propia naturaleza sabia de la persona. Yo no hago casi nada; así, tal como suena. Entonces, es como quien lee un libro de tal calado y profundidad que no caben juicios ni razonamientos; lo que estás leyendo es lo que es, y en ese momento todo lo demás desaparece y aparece el trazo único del drama de algunas cuestiones humanas, a las que podemos dar una pequeña asistencia, que crecerá de manera exponencial por las leyes de los sistemas no lineales* que rigen cualquier sistema biológico y el propio Universo. Por esta ruta se pueden llegar a transformar muchos aspectos conflictivos de la persona, desde las claves de la memoria de su propia piel.

Lo que es placer o felicidad en el ser humano no necesita de esas lecturas, más bien de caricias de complacencia, o miradas de complicidad, y aunque parece que todo es samsara*, también hay muchos motivos de felicidad y placer. Pero cuando el sufrimiento llega a un límite, creo que se necesita una medicina sutil, que el terapeuta puede dar, porque ya la tomó y la experimentó lo suficiente; al menos, hasta el punto de llegar a ese nivel de lectura e reinformación sensorial de la piel que la persona precisa. Luego, con la información, el paciente y su médico interno se arreglan solos en un proceso natural de homeostasis.

Como iremos viendo, a ese proceso le siguen otros cambios, que conforman un contínuum de consciencia desde el terapeuta a la persona y su interior. Luego, en ocasiones se requerirá un trabajo personal de otro tipo, tanto para el paciente como por nuestra parte. Para prepararnos básica y continuamente se requiere que la persona desee encontrar y entienda los temas irresueltos y el sufrimiento a ellos adherido, tratarlos y poder reconocer de forma vivencial la carta de presentación del conflicto, vista desde las conexiones sin límites

que tiene a flor de piel.

DR. IGNASI BELTRÁN Y RUIZ

*Aquellos cuya visión no puede abarcar tres mil años de historia,
están condenados a revolotear en la oscuridad externa
y a vivir confinados en las fronteras del día.*

GOETHE

*Y semejante espacio lo llamamos infinito,
porque no hay razón o naturaleza que deba limitarlo.
En él existen infinitos mundos semejantes a este
y no diferentes de este en su género,
porque no hay razón ni defecto de capacidad natural
(en potencia pasiva o activa),
por la cual así como en el espacio que nos rodea existen,
no existan igualmente en todo otro espacio
que por su naturaleza no es diferente ni diverso de este.*

GIORDANO BRUNO (1584)

Nicolás Copérnico, en el siglo XVI, elaboró de forma científica una teoría que revolucionaría la concepción del universo en un mundo teocéntrico y rígido perseguidor de toda supuesta herejía y con estructuras de ortodoxia Aristotélica y Galénica. Lo hizo a partir de una nueva teoría con respecto al heliocentrismo (los planetas giraban alrededor del sol), escribió al respecto una obra que tituló *De revolutionibus orbium coelestium*, que terminó en 1531, pero se publicó de forma póstuma en 1543.

Siguiendo las ideas de Copérnico y sus elaboraciones al respecto, apareció Giordano Bruno con una mente brillante, una potente imaginación proyectiva y un fuerte espíritu luchador. Realizó un importante trabajo de erudición, creatividad y síntesis entre ciencia y metafísica. Tomó el riesgo de dejarlo todo, incluso lo que le daba protección, y viajó proclamando en auditorios y universidades sus teorías, demasiado revolucionarias para las mentes de la época. En 1584 publicó *De L'Infinito Universo e mundi*; acabó juzgado y en la hoguera.

Leonardo Da Vinci, de una creatividad inmensa, también buscó de forma magistral e incansable entre muchos aspectos de las ciencias y

las artes; entre ellos —y con cierta relación con el texto que presentamos—, lo hizo sobre la trama profunda del cuerpo, y durante una época muy difícil e inquisitorial donde atravesar de forma física la frontera sagrada de la piel para buscar o indagar suponía de por sí un riesgo y un gran reto. Buscaba, hurgando entre los órganos y el cerebro, dónde podía ubicarse el alma humana, entre otras curiosidades. No creo que la encontrara, pero insinuó aspectos muy interesantes de la anatomía sutil del cerebro y sus ventrículos, y nos dejó unos dibujos y esquemas maravillosos. Entre su extenso legado, su *Manuscrito Anatómico* (1510) es una auténtica joya y una extraordinaria obra de arte, y a la vez todo un tratado anatómico que, más tarde, Andrés Vesalio —otro de los transgresores en la época de la frontera de la piel— acabaría de completar en su tratado de anatomía *De Human Corporis Fabrica* (1593), con un estilo anatómico diferente y pragmático, de cara a la práctica médica.

He citado solo algunas genialidades de personas con arte, ciencia y humanidades, porque a ellos y a otros muchos destacados personajes de la época, debemos los esbozos de una ciencia humanista más libre. En realidad, fue la aportación de todos ellos y muchos otros la que condicionó, tras un cierto ostracismo de la época medieval, un giro total y necesario en la rueda de la historia. A partir de la cual, la corporalidad se proyecta hacia el infinito espacio del cosmos, y las exquisitas tramas y estructuras del mismo aparecen unidas a las personas y a todos los elementos de la Tierra. Sobre esa época se producen cambios importantes en las estructuras sociales y culturales, y también en aspectos corporales y estéticos, la persona individual adquiere una elevada singularidad.

Todos estos sabios huyen de convencionalismos y miedos arcaicos ante cualquier cambio que se escapara de los dominios de una escolástica encorsetada, y nos aportan la frescura de una corriente que aún debiera seguir empujando la historia, aunque a veces tengamos la sensación de que la estamos empujando desde la soberbia y el individualismo narcisista, y desde un culto extremo a la personalidad y los personajes, en un sentido que, da la sensación, pudiera ser erróneo.

INTRODUCCIÓN

Los tiempos antiguos fueron suficientemente sabios como para ver que lo inmensurable es la primera realidad (la realidad absoluta o última), y también para ver que la medida (la ratio) es un modo de considerar un aspecto secundario y dependiente, relativo, pero de ningún modo necesario de la realidad.

DAVID BOHM

Presento este trabajo con la idea de abrir un espacio de análisis y reflexión sobre la piel (que bien pudiera ser bajo la óptica de los nuevos conocimientos al respecto), no solo como un órgano más de los sentidos, sino como el gran órgano *de lo sentido*, por el profundo nexo que realiza a través de las diferentes modalidades táctiles y sus posibles transformaciones en otras modalidades perceptivas potenciadas en la interioridad del individuo.

En todo caso, es un órgano sofisticado y uno de los más extensos, perceptivos e interrelacionados de la persona. Ello nos ofrece diferentes imaginarios que pueden desplegarse; desde un sentido que nace a flor de piel y que maquillamos en exceso pero de cuya trama, ligada profundamente a la vida emocional personal, solemos hablar poco.

El escenario de la posturología (que iré desarrollando en diferentes apartados) será el marco de referencia desde el que crecerá una parte importante del libro. En posturología son muy importantes los órganos de los sentidos y la piel; entre otros, a este tipo de órganos de los sentidos tan plurifuncionales ligados a las percepciones y relacionados con el entorno sensorial les denominamos *captorees posturales*; aunque de manera común se hable más de los ojos y la mirada, de la planta de los pies y del oído interno. A la piel voy a darle, en el panorama que planteo, un papel primordial, muy relacionado con el resto de los sentidos.

La piel como captor es tan importante para su estudio, exploración, diagnósticos y tratamientos que ocupa un lugar primordial en el conjunto de lo que denomino *sistema postural y posicional humano*, del cual hablaremos. Las informaciones sensoriales que desde ella realizamos están relacionadas con las terapias psicocorporales.

Desde la ortodoxia, la piel se contempla de forma muy diferente y reduccionista; por lo cual pretendemos resituarla de forma destacada en un novedoso marco desde esta nueva especialidad que la estudia, que nos parece adecuado denominar *posturología integradora* (que ampliando el término también podemos denominar *humanista*, dado que contempla el posicionamiento y relación del individuo con el ecosistema en el que se ubica y el entorno sensorial, relacional y cultural envolvente). Vamos a ver también el entorno perceptivo, propioceptivo, interoceptivo sensorial y orgánico interno desde una regulación propia y natural de tipo homeostático, en la que todo está incluido e interrelacionado.

Todas estas propuestas y aspectos comportan estudiar las relaciones de la percepción individual ligada al espacio externo, que nos lleva de nuevo al ecosistema envolvente del individuo en resonancia con el propio ecosistema interno, con cultura y sociedad, cosmovisión, tipología y otros aspectos, tomados en conjunto como un continuo relacional, perceptivo, incluidos en una esfera espacio-temporal sin límites ni centro.

Y como no podía ser de otra forma, vamos a relacionar toda la extensión de nuestra piel con el espacio de una interioridad y exterioridad prurimodal, que denominaremos *hábitus**. Podemos decir que no existe, como tal, el cuerpo separado de su hábitus en el espacio, y en el tránsito por cualquier rincón del mismo nada deja de estar relacionado con la imagen inconsciente del yo perceptivo de la persona.

El cuerpo ocupa el espacio percibido por los sentidos, y él mismo es habitado con un sentido (como una construcción simbólica) que las culturas denominan yo, pero que también podemos convertir en un *nosotros* y vaciarlo en momentos de transcendencia dejando la interioridad hueca, resonando con el universo que lo gestó y en el

cual se disolverá.

Para ello, y de forma previa a los apartados anatómicos, histológicos y neurofisiológicos que en el caso de este contexto que trataremos creemos prescindibles (aunque según la necesidad de correlato que tenga el lector puede consultar en otras fuentes), parece adecuado considerar al captor piel, también, desde un punto de vista antropológico, filosófico y humanista, para acercarlo más a los aspectos psicoterapéuticos que me he propuesto.

Vamos a ir a la piel a modo de tránsito constante, en un dentro-fuera, como si se tratara de un umbral, o un obligado paso fronterizo hacia diferentes imaginarios corporales, que muestre como en ella se manifiesta lo humano, la sensibilidad, la emoción y a la vez sus infinitas interdependencias con la globalidad corporal y su marco relacional.

Es evidente que esto puede ser objeto de variadas lecturas, según la visión singular de cada persona, pero si dejamos resonando la metáfora «del umbral de la piel» ya no solo para su lectura y análisis, sino también para que a través de todo ello podamos entrar en una práctica clínica-terapéutica (o en un conocimiento novedoso que nos lleve de la mano de un paradigma complejista, interdependiente e interdisciplinar), se abren nuevos horizontes. Y todo ello, a buen seguro, puede que nos ubique en un conocimiento diferente de la persona, en una percepción más nítida del espejo de aprendizajes al que estamos confrontados siempre en terapia.

Con cierta frecuencia, cuando un tema proviene del longevo y necesario paradigma científico, suele estar rodeado de un halo de ortodoxia un tanto reduccionista y alcanforada que nos desubica de aspectos esenciales, dado que se polariza al extremo lo que es ciencia y lo que no lo es, desligándose de la integridad y atrapando a los más rígidos de sus seguidores en un «debeísmo» interesado que lo aparta de lo que por naturaleza, citando a Nietzsche, es «humano demasiado humano».

Por lo cual, en este constructo de la piel, y sin más calificativos ni preámbulos, de una parte de ello vamos a prescindir, o al menos intentarlo, con propuestas atrevidas y libres, sin que ello suponga una

descatalogación de muchos de los aspectos vigentes en la ciencia que consideramos muy válidos en otros contextos.

Pretendemos entrar en un análisis desde un imaginario distinto, algo lejano al anatomofisiológico, aunque no tanto si nos permitimos expandir conceptos. El escenario propuesto está lleno de metáforas y aparentes aspectos que puedan parecer un tanto fantasiosos; pero por eso creo que, del mismo modo que las técnicas de fantasía en terapia pueden ayudarnos a atravesar las dudas, incredulidades, recelos y rigurosidades (en definitiva, a superar el miedo al cambio y ver la realidad), también ahora pueden ayudarnos en esta travesía.

Y ¿por qué no?, citar también que la incertidumbre del posible vacío que se origina al poner en primer plano aquello que en apariencia se sale de los excesos de la racionalidad académica y parece insustancial y vacío de contenido aplicativo, puede llegar a ser (y así lo espero) algo muy creativo. En este caso, corro un riesgo que pienso que vale la pena, aunque solo sea para facilitar el tránsito de un cierto oscurantismo arcaico con intereses poco claros hacia un siglo que pueda ser de nuevo un renacimiento de las Luces; pero de eso ya han pasado veinte años y creo que, ya hemos dejado marchar demasiados trenes, ¡subamos de nuevo!

De todas formas, me resulta muy difícil presentar un tema en el que pretendo desconceptualizar, o bien ayudar a superar algunos tópicos, o ponerlo todo patas arriba para luego reordenarlo diferente con nuevos conceptos. Suena a excusa, ¿verdad?

La realidad relativa del tema surge después de observar, analizar y tratar, a lo largo de más de cuatro décadas, la postura corporal de infinidad de personas; todas ellas aquejadas de diversos tipos de dolor: crónico, funcional, idiopático, psicológico y un sinfín de denominaciones, vanas para la persona que sufre y también para el profesional inconformista que pretende salir de lo protocolario y es poco dado a los aspectos protocolarios clínicos y tipificadores al uso.

Había y hay un común denominador en el tema, y es que todos llevamos encriptado y grabado «a flor de piel» algo así como un guion completo de vida que, por más que se intente esconder, está en la piel de forma perenne. En su ubicación y distribución (al modo de la

clasificación del análisis transaccional de Berne extrapolada a la piel), posee múltiples localizaciones ordenadas en cartografías, que aparecen llenas de relaciones parentales; entre otros, allí están todos sus correspondientes traumas, abandonos, traiciones, desamores; tiene asociados y reflejados en su superficie todos los diversos sufrimientos; como también los tienen todo el sistema perceptivo, sensorial, sensitivo y los propios sentimientos.

En definitiva, todo se corresponde con una postura corporal y un posicionamiento vital personal, con la historia de vida. Todo está dibujado de manera peculiar en el reflejo de la piel, e incluido en una muy extensa red de relaciones, muchas de ellas aún desconocidas.

Pero lo más destacable es, sobre todo, que el sistema es muy reactivo al tacto terapéutico directo (eso sí, con una cierta metodología, entrenamiento y conocimiento del tema). Hemos de saber de qué hablamos cuando hablamos de postura y piel, y tocamos su superficie desde una intencionalidad terapéutica.

Diré también que no todo son heridas y sufrimientos; la piel también está llena de afectos, caricias, recursos de todo tipo y un sinfín de conexiones (aunque en algunas ocasiones el manejo de ello que hacen determinadas personas tampoco parece ayudarlas).

Como estamos viendo, todo lo citado hace de la piel un pergamino vivo, con una expresión atemporal de lo que sucedió y con una jerarquía ordenada desde lo que podemos llamar *lesión primaria*, que con frecuencia tiene que ver con las diferentes memorias cicatriciales de las personas que, de alguna forma, no se han sentido amadas, o no como ellas querían o necesitaban.

De ese abanico amplio nacen la complejidad y la dificultad de poner título concreto y ordenar «de manera estructurada» el tema que pretendo desarrollar y direccionar con cierto rigor para ver sus posibilidades metodológicas y aplicativas en psicoterapia.

Pero voy a aventurarme y voy a utilizar la piel como excusa de pasaje a través del cuerpo del individuo, en un intento de entender más que ocurre en ella como grabación resonante del interior, y proceder de forma concreta con el dolor y sufrimiento asociado a la historia de las personas; eso sí, desde otros escenarios algo diferentes a

los convencionales.

De ello surge una narración compleja, tupida de heterogéneas personas, con sus diferentes posturas, sus caracterizaciones particulares y sus correspondientes personalidades, caracteres y relaciones asociadas.

Dice, desde la atenta observación, la escuela Yogachara de Asanga del siglo IV: «Todos los fenómenos emanan del espíritu que los percibe».

Creo en la idea de C. Jung respecto al inconsciente colectivo (y también en muchas otras cosas del maestro), y en el juego de los arquetipos; aunque no hago de ello una bandera, lo utilizo como modelo, y a la vez dejo, siempre que puedo, el espacio personal para que surja una síntesis con muchos otros modelos junto al que creo haber ayudado a edificar.

Llegado a este *meeting point* —libre de conceptos, espero—, y luego espero un poco más, sin prisa alguna, respetando el tiempo, y es entonces que surge eso que es significativo de un tema; en este caso de una cartografía que se expresa a modo de pergamino vivo de la piel, con una línea del tiempo segura, fiel, que nos guía; porque va ligada a todas las memorias tisulares y a la marea global del movimiento intrínseco del cuerpo, y la resultante es que tiene repuestas fisiológicas y emocionales notorias, perceptibles e interpretables.

La mano sensitiva del terapeuta, ubicada en el lugar preciso, se condiciona con su influjo informacional: cambios en la trama tisular en las que mediante la percepción van apareciendo escenas completas, con todo tipo de matices, desde el marco mental del paciente en consonancia con los diferentes estratos de los tegumentos, que el paciente puede ir verbalizando según lo que siente, o no, y que suele ir seguida de un «darse cuenta» de la persona.

Es un trabajo perceptivo, de escucha atenta, sin prisas, pues hemos salido de una dimensión espaciotemporal de los tejidos a un espacio casi meditativo en el que todo aparece; en el que los dedos de la mano perceptiva, de alguna forma, sienten, ven y piensan; están en sintonía con el suceso y ayudan a la búsqueda del recurso necesario.

En ese momento, la piel es como una pantalla táctil, y la otra mano, la motora, trabaja con diferentes ventanas, dejando que se instrumentalice desde el interior de la persona lo que sea necesario para facilitar que se produzca un cambio en su cobertura.

En principio, solo actuamos sobre un minúsculo starter de una zona precisa de la piel, a partir del cual todo se enciende y cambia. Necesitamos, además del aprendizaje terapéutico previo, desarrollar una atención perceptiva consciente. Y luego, tras unos instantes, se puede hablar en relación con lo vivenciado, justo lo necesario, invitando entrar en la charla banal y el discurso; hay que dejar más bien que se complete el trabajo desde el silencio creado.

Espero que esta breve narración práctica haya podido situarnos en el punto de partida de cómo actuamos y hacia donde nos dirigimos. De todas formas, es una experiencia intransferible desde el relato, y la única solución es la propia experienciación del terapeuta. Por lo tanto, creo que retomando diferentes aspectos de lo que hemos ido viendo, podemos decir que, a modo de expresiones del mundo, llevamos «a flor de piel» reflejos de paisajes variopintos que nos cubren como un *collage*, que no vemos ni notamos pero que, de alguna forma ignota, intuimos, y que por instinto nos puede llevar a cubrirnos, a taparnos, a protegernos; con coberturas de la personalidad, de la cultura, de la moda, de nuestra propia sombra, etc. Pero lo que tapamos o pretendemos tapar con la excusa de la desnudez es una herida dolorosa e hiperestésica que no queremos o no podemos ver ni tocar, ni que la toquen, por eso hay que cubrirla.

A veces, también ocurre que la tapamos refugiándonos en la inconsistencia del aparentar; no importa si tenemos calor o frío, si es desasosiego o vergüenza, utilizamos la excusa fácil de la meteorología, el ambiente, personas o dolencias diversas para cubrir apariencias.

Pero al final, aunque esté cubierta, si buscamos con atención a través de la mirada táctil y experta de unas manos perceptivas y sensibles que miran y traducen de modo particular lo que leen, se acaban manifestando con cierta nitidez los crípticos grafismos tejidos de tensiones tisulares, de espasmos de miedo o placer, de anhelos o

carencias, y de todo aquello negado, reprimido o inconcluso.

Dado que es un tejido (aunque sea corporal), está ubicado en una trama de largas líneas de fuerza, entretejidas de forma peculiar, que siguen una urdimbre personal en la que se mezcla la grafología de nuestra historia. Por eso la piel es depositaria de variadas herencias, tiene cicatrices de diversos orígenes y, en definitiva, de relatos muy diferentes, de los cuales va a ser un instrumento; por tanto, podemos utilizar el tránsito a través su limen como un rito de paso para leer en sus claves, para acceder al interior de la persona; es decir, al interior de otros niveles que ya no son solo la piel, sino un contínuum del conjunto corporal.

Si queremos concretar más, son bloqueos en músculos, en los órganos, en los nervios periféricos, son bloqueos neurovegetativos, etc. Y aunque en algunos casos este sería más un trabajo de tipo osteopático, biodinámico o sensorial, la idea es facilitar a diversos profesionales entrar en el tema propuesto dada la multifactorialidad en el formato de presentación. No debemos olvidar una muy adecuada analogía —lo más superficial, la piel, es también lo más profundo—; por tanto, creo que no habría en ese sentido excusa posible de beneficiar a la persona que lo necesita de las competencias profesionales diversas integradas y trabajando en equipo.

Con ello quiero decir que en el nivel que tratamos, la piel (como sabemos) está formada por varias capas (epidermis, dermis, hipodermis), y en ellas tenemos diversos sensores y tipos de células especializadas de tipo táctil (por poner una palabra genérica), y debajo de la piel tenemos el tejido conectivo con diferentes tipos de fibras de colágeno, tejido adiposo, líquidos intersticiales y fibras nerviosas; de todo el conjunto, más las informaciones viscerales y del sistema musculoesquelético, parten todas unidas a las conexiones ascendentes hacia el Sistema Nervioso Central (SNC) al que llegan por vías transmodales a los diferentes centros de procesamiento, de los cuales salen a su vez las vías descendentes de la sensibilidad hacia los diferentes tejidos; pero además de la información neural y humoral, sabemos que hay otros tipos de comunicaciones de tipo bioeléctrico y electromagnético, e incluso aspectos más sutiles difíciles de describir,

que colocamos bajo el epígrafe de *energéticos* y de *memorias emocionales*, que son los conectores con la globalidad personal más sutil y la transmisión desde lo interno a lo externo, y también sucederá a la inversa, en un trasiego constante que conforma la trama energética de cada persona, que a su vez va ligada al entorno sensorial. Lo cual, nos da idea de la complejidad de las estructuras que intervienen en dicha trama, algunas poco conocidas y estudiadas, salvo en las medicinas holísticas tradicionales como la China o la Ayurvédica. Por tanto, creo que esa misma complejidad nos invita a trabajar en un equipo multidisciplinar integrado, que es una opción que venimos realizando hace años y de la cual estamos satisfechos; no solo por el aprendizaje del proceso de integración de disciplinas médicas o psicológicas clásicas, sino por encontrar los nexos de unión con otras medicinas y sus resultados terapéuticos.

De todas formas, no olvidemos el hecho, de que estamos hablando de un sistema no lineal; es decir, en el cual no hay proporcionalidad entre el estímulo y la respuesta, cuanto más pequeño, preciso y sutil es el estímulo, de forma exponencial mayor es la respuesta; característica fundamental de los sistemas tipo caótico no lineales definidos por Henry Poincaré, matemático ilustre del siglo XIX.

Todos estos aspectos, como hemos comentado, están relacionados dentro del mismo escenario de la posturología, entendida como sistema oscilatorio de tipo no lineal caótico, que funciona sobre una base de grabaciones que se encuentran engramadas en diversas zonas corporales y que en su conjunto constituyen una especie de esquema corporal postural integrado, compuesto por estos engramas referenciales (es así como llamamos a los registros de todo tipo de motivos y percepciones en diferentes partes del sistema nervioso y también en la memoria celular de muchos tejidos). Estos engramas están interconectados de forma continua y tienen, entre otros, un rol comparador entre los diferentes referenciales posturales, emocionales y medioambientales, a partir de las posibles diferencias que surjan. Si es así, el sistema completo hace las oportunas correcciones en vías a estabilizarse. Y entre todos los engramas está la historia personal con sus referentes e historias inconclusas o traumáticas, todo ubicado en la

profundidad y reflejado de forma fiel en la superficie de la piel.

La piel, por su extensión, creemos que agotaría cualquier intento simplificador o tipificador (que de todas formas está lejos de mis intenciones). En esta ocasión, la pretensión es acabar relacionando lo expuesto después de algunas de las diferentes aproximaciones que haremos —con todo lo que venimos denominando sistema postural— y sus múltiples interrelaciones, que aparecen como cuestiones muy interesantes unidas al posicionamiento emocional delante de cualquier acontecimiento intra o extrapersonal.

Ahora, por tanto, creo que procede añadir y adelantar un pequeño resumen de lo que entendemos por sistema postural, aunque luego viene ampliado en un capítulo específico. De hecho, hablaré solo de algunos aspectos significativos del mismo, específico, eso nos permitirá una progresiva integración de algunos aspectos.

El sistema postural es un sistema complejo y poco tratado, que está integrado en el SNC y es regulado desde el dominio subcortical del mismo (cerebelo, tronco encefálico, médula), desde esta coordinación a través del tronco encefálico y cerebelo, y algunos núcleos grises, conecta con diferentes áreas, núcleos y vías nerviosas, con el sistema reticular y límbico, con el tálamo, con la corteza sensorial y motora, con los lóbulos frontal, auditivo, visual y también lo hace con los núcleos vestibulares, trigeminales y oculomotores; podemos decir de forma práctica que establece relaciones con todo, incluso si es necesario, con el propio córtex. Es decir, con la integridad del SNC, que comunica a su vez las informaciones al respecto con todos los tejidos corporales, para cualquier aspecto necesario, sea neurovegetativo, neural, motor, emocional, etc., o para constituir una base tonal, relacionada con el tono anímico. Aunque en condiciones de normalidad no es necesaria la participación del córtex, y una parte de la actividad de mantenimiento, incluido también del tono postural, en relación con el sistema reticular y cerebeloso, tienen lo que llamamos unos ciertos automatismos reflejos.

Desde el control subcortical, el sistema postural utiliza una actividad tónico postural ortostática y de soporte al movimiento. Está incluido en ello el reflejo de extensión global, que actúa a modo de

reflejo antigraavedad, como el reflejo de alarma, que nos permite de forma rápida reaccionar a una situación: apagar el despertador, evitar una caída si tropezamos, etc. El sistema postural es a la vez estabilizador constante de la postura y del equilibrio postural.

Utiliza, como hemos visto, las vías ascendentes y descendentes de la sensibilidad exteroceptiva epicrítica, protopática y propioceptiva, y el sistema extrapiramidal, con lo que tiene un referente continuo de la exterioridad y un referente de la interioridad, utilizando un comparador somatotópico y esquemas corporales diversos (físicos y emocionales) ubicados en diferentes partes del SNC, e intenta, en función de este sistema modificar (como ya citamos), cualquier desviación de los engramas de referencia también en permanencia.

Se reclutan también informaciones en relación con los diferentes nervios vegetativos craneales, como el vago, el frénico y otros centros de control neurovegetativo con los que se relaciona.

Estas informaciones son canalizadas desde los sensores de la piel y los propioceptores a las fibras musculares de tipo tónico; si es necesario, lo hace hacia las fibras fásicas del sistema piramidal, a través de las llamadas cadenas musculares —que interconectan la trama muscular global para el movimiento con la tónica-postural—, conformando, no solo movimientos simples, sino que también —junto al sistema fascial y la tenseguridad de los tejidos conectivos— condicionan movimientos espiroideos globales, ligados al gesto y emoción humana, que si hay problemas pueden preparar (o no) un tono adecuado, tanto para la estática como para cualquier inercial de movimiento o contraapoyo a la acción, o posicionarse en una determinada actitud física, emocional o sentimental ante cualquier circunstancia.

Hablar dentro de la teoría de sistemas implica que el sistema postural tenga unas entradas provenientes de las informaciones que procesan los llamados *captore del sistema*, que en una cierta jerarquía, ojos, pies, piel, vestíbulo, etc., en colaboración con otros órganos de los sentidos; también supone que tengan unas salidas que, en este caso, serían una postura, un tono y un posicionamiento equilibrados y estables con respecto al entorno y el propio sistema,

que debiera estar en su conjunto en un proceso de homeostasis también estable.

El sistema postural, gracias a sus exteroceptores, propioceptores e interoceptores, más la información de las emociones y sentimientos en relación con el entorno, nos proporciona información con respecto al suelo y arraigo desde la percepción plantar; a partir de ello se estructura el pilar fundamental de la verticalidad y el sentido de la misma, que redundaría en un mayor sentido de pertenencia y autoafirmación, necesarias para cualquier proceso o proyecto de la persona.

Los ojos nos relacionan con el entorno a través de aspectos visuales y de los ligados a los aspectos táctiles y simbólicos implicados en la mirada; el captor ocular también nos ayuda a energizarnos con la captación fotónica y a dotar del tono muscular adecuado a la postura, con su información continua a la epífisis, secretora de melatonina, que actúa también sobre el tono, la dopamina y otros neurotransmisores.

Junto a las informaciones de la piel, todo ello actuará sobre otras estructuras, de las que depende, desde un aspecto más físico y energético, la cascada de neurotransmisores necesarios en las diferentes relaciones y que se condicionan siguiendo unos ciclos circadianos.

El resultado final de esa captación sensorial masiva es que, una vez procesada su información, se genera como salida del sistema, un tono de base para el equilibrio y posicionamiento con respecto al ego centrado y el entorno perceptivo global que se produce a cada instante y, a su vez, si todo funciona bien, un aprendizaje, motor, cognitivo y emocional con una cierta independencia de la edad; aunque, por lógica, la infancia y preadolescencia serían claves. Y todo lo citado es información manipulable sobre la piel.

Todo el conjunto de entradas y salidas es regulado de forma permanente dentro de este sistema de *biofeedback* que sigue en algunos de sus aspectos claves, una regulación de tipo no lineal.

El tono de base, con sus automatismos reflejos, sincinesias musculares y las reacciones que se producen en el organismo, es condicionante para que el sistema postural resulte, si lo definimos así,

un sistema oscilatorio.

Y esto, que podemos medir y comparar con datos muy precisos provenientes del estudio mediante una plataforma de estabilometría, nos da unas curvas e índices con parámetros numéricos de las diferentes pruebas que, tienen una normalidad fisiológica y unas alteraciones que podemos comparar en su evolución o involución con sucesivas mediciones, que debieran realizarse tras los diferentes tratamientos.

Todo lo que he citado se realiza con un sistema científico y fiable en la evaluación y análisis del sistema postural y su equilibrio.

El hecho de conocer bien el sistema nos ayuda a entender que si de alguna forma conseguimos manipular las entradas adecuadas, a partir de las informaciones que condicionemos con la terapia en estos captosres, el cambio que se produce seguirá los criterios que rigen los sistemas de tipo caótico. Estas estimulaciones que podemos realizar a diferentes niveles de sensibilidad y en diferentes zonas, cuando sean procesadas en el interior del sistema, tendrán en correspondencia a las mismas unas respuestas, también a diferentes niveles, relacionadas con el tipo de estímulo que las generó.

Dada esta realidad de la postura integrada, parece que es necesario conocer y aplicar los estímulos de la forma más sutil posible, sobre todo para los niveles más perceptivos o emocionales. Esto se puede conseguir siguiendo la metodología aceptada por la ciencia, que rigen los sistemas de este tipo y las diferentes informaciones que podemos aplicar, en este caso sobre la piel, en la que con estímulos muy pequeños, podemos condicionar cambios importantes en todo un sistema, que en nuestro caso sería el sistema posturo-emocional.

Es decir, y reiterándonos, dada la importancia de este preámbulo y bajo esta óptica, **no se necesita que haya una relación de proporcionalidad estímulo-respuesta, ni estímulo en un lugar concreto, ni respuesta de ese mismo órgano o tejido; en este caso, la respuesta es global y puede acontecer en tejidos diana, lejanos y diferentes al que recibió el estímulo inicial.** Es un patrón de funcionamiento no contemplado en los estímulos que describen los sistemas clásicos.